

ASUÁN: EL CUADERNO DE VIAJES DE JUAN CRUZ RUIZ

FRANCISCO J. QUEVEDO GARCÍA
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

Todo partió de un regalo, como confiesa Juan Cruz Ruiz, su autor. Un regalo que se resistió de manera tenaz a ser utilizado. Era un cuaderno azul —«o verde o aguamarina»— regalado por una amiga para ser escrito. Pero la escritura no aparecía y el cuaderno azul continuó intacto hasta que la ciudad de Asuán le proporcionó al novelista el reencuentro con la escritura.

*Asuán*¹ es uno de los últimos trabajos que ha publicado Juan Cruz Ruiz. En ella continúa mandando la autobiografía, que se ha convertido en una seña de identidad de su narrativa. Como también lo es el viaje. Excursiones interiores, al mismo tiempo que viajes a espacios cotidianos o a lugares poco comunes. No se ha zafado Juan Cruz de la autobiografía y del viaje —tampoco tiene por qué hacerlo— desde que irrumpió en el panorama literario insular de los años setenta con su *Crónica de la nada hecha pedazos*:

Entonces era un adolescente sin otra obsesión que la de descubrir en mi entorno las razones que había para vivir. Esa excursión nocturna por la

vida exterior me dejaba siempre la sensación de haber vivido en otros, de haber habitado en las vidas ajenas, y cuando regresaba a casa —una casa lúgubre y húmeda, donde escribía de pie, a la manera de Hemingway, en una máquina que producía exabruptos asmáticos en la atmósfera silenciosa de aquel barrio. Siempre escribía la misma extensión y bajo los efectos de obsesiones similares, de modo que aquello resultó un libro ensimismado y rabioso que parecía un cuaderno hallado en un campo de concentración y perdido allí por alguien que murió el mismo día de su ingreso².

Aunque la adolescencia le haya quedado atrás al escritor tinerfeño, por las rendijas de su escritura seguimos viendo sin esforzarnos demasiado esa obsesión de descubrimiento en su entorno de «las razones que había —y las que hay— para vivir». *Asuán* continúa mostrándonos idénticas inquietudes que aquéllas que dieron sentido a su *Crónica de la nada hecha pedazos*. Inquietudes que se abren paso a través de un oficio —el de escritor— y de dos sentimientos existenciales: la autobiografía y el viaje.

La literatura de Juan Cruz Ruiz es una literatura de la reflexión mucho más que de la contemplación. Ni siquiera en *Asuán* toman las riendas de la narración los párrafos descriptivos que nos detallan los ambientes de un espacio lejano y evocador. Ni siquiera en una novela de viajes se desliga el narrador de la literatura de la reflexión que gobierna su obra como si fuera un proceso continuo de desahogo.

La naturaleza de esta literatura de la reflexión autobiográfica de Juan Cruz Ruiz no ha cambiado. Quizás haya cambiado el rasgo vehemente, en algunos casos insultante, de sus primeras obras; pero no la mirada doble que se percibe en sus textos. Mirada hacia el interior —el «yo» es omnipresente, de él surgen las preguntas que intentan ser resueltas a lo largo del discurso novelesco— y mirada hacia fuera, como otra manera de verse reflejado una y otra vez en espejos que le devuelven una imagen que le es habitual.

Los contextos son diferentes. A veces es una isla; en otra ocasión es una capital del norte de Europa; ahora es una ciudad oriental

con los tópicos del misterio y de la luz espléndida. Da igual, en cualquier contexto la doble mirada se articula como si respondiera a una tentación no satisfecha. El «yo» no deja atrás su pasado e insiste entre las visiones de *Asuán* en resolver sus propios misterios que, en definitiva, se encierran en pocos interrogantes que son siempre los mismos.

En *Exceso de equipaje*, un texto que nace de la experiencia de los viajes que se impregnan en su autor con una familiaridad asombrosa, Juan Cruz escribe desgranándose en fragmentos cogidos al vuelo en breves o largos trayectos que sirven para irse rehaciendo una y otra vez. En el viaje, asegura el novelista canario, «sobra prácticamente todo lo que llevamos con nosotros. Incluso es excesivo decir que viajamos: en realidad estamos siempre sobre la vertical del mismo desencuentro, situados, como Samuel Beckett, en torno a la misma isla que nunca quisimos abandonar»³.

Escritura de la permanencia. El viaje a Asuán ofrece la prueba tangible de que uno no se mueve de un lugar si lleva consigo los recuerdos, las gentes, los olores, todo aquello que le impide deshacerse de lo que fue. Sin embargo, esta sensación de quietud, de obligada residencia en un centro del cual nunca se ha partido definitivamente, no es traumática para Juan Cruz Ruiz. En modo alguno, la concibe como se conciben la cantidad de cosas irremediables con las que tenemos que aprender a convivir: el nombre, el «yo», la respiración, la muerte, la isla que formamos cada uno de nosotros... Hechos, situaciones, estancias compartidas que no nos han de llevar necesariamente hacia la infelicidad si nos acostumbramos a su presencia crónica.

Todo viaje en la escritura de Juan Cruz Ruiz se supedita a la memoria. Mantiene ésta el vínculo con ese centro del cual no se aleja nunca, pese a que físicamente los espacios distintos hagan creer lo contrario:

Ha pasado tanto tiempo y todo sigue siendo como cuando te conocí. Tú llevas, en esta memoria que ahora te trae de nuevo, el traje rojo, los pendientes moros, los dedos defectuosos. Eres aún una niña que tiene

miedo a los gatos, o que los ama, y que habla susurrando palabras que yo no entiendo. Es verano y acabas de cumplir años; yo regreso de un viaje, o quizá esté aún de viaje⁴.

Escritura del entendimiento. O de la intención de un entendimiento al que se aproxima para constatar que es inaccesible, que la literatura está ahí para desenredarnos y para sostenernos en un desconcierto que hasta parece, por último, lógico. Jorge Rodríguez Padrón, en *Una aproximación a la nueva narrativa en Canarias*, nos habla de ese desconcierto a través de la figura del lector de *Crónica de la nada hecha pedazos*:

«Si ustedes algún día la pueden terminar de hacer, yo me sentiría verdaderamente satisfecho», ha dicho este jovencísimo escritor de su novela. Otro dato a tener en cuenta. Para Juan Cruz el hecho de haber escrito una novela no quiere decir que crea que ha dejado *todo más claro*, que haya podido explicarlo y decirlo todo, dejarlo todo concluido. Quizá (y yo estoy seguro de que él lo piensa así) lo haya dejado todo más oscuro. Pero también sabe que si el lector *sabe leer* comprenderá muy bien el porqué de sus deshilachadas referencias, de su inclemencia en el lenguaje y en la construcción; el porqué de tanta pregunta final, de tanto interrogante que ha quedado en el aire. ¿En el aire? Pienso que no⁵.

Escritura de la complicidad. O del lector cómplice que no se extraña de lo que lee porque ha participado de experiencias más o menos similares. El rasgo autobiográfico que hemos subrayado en la obra de Juan Cruz Ruiz no impide un reconocimiento mucho más amplio que aquél que se circunscribe al escritor. Las preguntas a las que alude Jorge Rodríguez Padrón son preguntas habituales, no responden a motivos especialmente distintos de los que podemos hallar en cualquier persona de cualquier lado. Preguntas que surgen de un entorno atosigador, de una relación amorosa, de una obsesión no satisfecha, de un encuentro o de un desencuentro...

Juan-Manuel García Ramos, también inmerso en el universo literario de los años setenta en Canarias, escribe sobre *Crónica de la nada hecha pedazos*:

Para nosotros, aprendices de escritor y lector de aquellos años, *Crónica...* era la novela que deseábamos y entendimos desde el primer momento. Porque desplegaba una épica de la que formábamos parte y nos animaba a creer que el tiempo, las incertidumbres y los vacíos de nuestra generación constituían material de fábula, refugio para el enmascaramiento y la reflexión creadora. Prosa rota, incomprendible para muchos, a veces despreciada, que a nosotros llegaba nítida, como relámpagos de una tormenta sufrida y tal vez festejada en común⁶.

Estas palabras de Juan-Manuel García Ramos niegan la exclusividad de la literatura de Juan Cruz. Sus constantes referencias a un «yo» muy marcado, que es uno de los nexos de su narrativa, no nos aleja de sus páginas. Ese viaje interior y exterior que se produce en cada una de sus narraciones también podemos hacerlo los lectores porque, de alguna u otra manera, sentimos el arraigo y el desarraigo; la compañía y, especialmente, la soledad que afianzan sus textos como vigas: «Pero allí estaba el cuaderno vacío. ¿Cómo sustraerse a la necesidad de sacarlo, hacerlo obvio, imaginar a Laura envolviéndolo en papel de regalo, cómo olvidar que ella te lo dio en silencio como una muestra de soledad?»⁷.

Escritura envolvente, como sugiere el espacio que le da título: *Asuán*. Nos envuelve porque es una literatura de los sentidos, de las percepciones. También de las imágenes, pero mucho más de las percepciones que nos producen esas imágenes. En esta novela Juan Cruz recuerda —la memoria le guarda todo lo imaginable: «Y entonces escucho tu ruido, el ruido que jamás se ha ido de mi memoria»⁸— lo vivido.

Es un modo de revivir, de existir de nuevo, pues se entienden las cosas de otra manera. En la distancia, en *Asuán*, en el cuaderno azul que un viajero va llenando con su historia —«este cuaderno azul donde queda escrito este viaje de Asuán que ha resultado ser el viaje de una vida»⁹—, se plasma, con la incontinencia verbal de un iluminado, la placentera sensación del entendimiento.

La escritura también es una forma de viaje, además una forma de viaje en el sentido que apunta con frecuencia Juan Cruz: el viaje a

cualquier parte sin desplazarse de sitio —«Estamos acabando el viaje y aún no he podido comenzarlo»¹⁰—. Los procedimientos metanovelescos son inherentes a la narrativa del escritor tinerfeño. Como observaba Domingo Pérez Minik ante su *Crónica de la nada hecha pedazos*, «no quiere sentir ningún arrepentimiento, no posee tiempo, tiene muchas cosas que hacer, la historia no le ofrece ninguna coyuntura, la única salida posible es escribir novelas, la sola admitida, el último recurso de salvación para tan poderosa fe»¹¹.

En *Asuán* la escritura se deja sentir por todos lados, como su luz, como los olores de sus caminos de tierra o como los vapores de la sauna en donde al narrador se le evaporan y luego se le condensan los recuerdos. *Asuán* es en sí mismo un cuaderno de viajes, un cuaderno azul que insta a que se deposite sobre él, como una mesa dispuesta para dejarse caer en peso sobre ella. Al fin y al cabo, la escritura no deja de ser también una terapia —«Déjame que te diga lo que surja del centro mismo de mi cuerpo, no atajes las palabras»¹².

No ha dejado de escribir Juan Cruz. Por el contrario, sus últimos años han sido prolíficos. Su narrativa se ha hecho menos densa y también menos turbadora. Sin embargo, se mantiene la necesidad cotidiana de escribir de sí para reconstituirse de cuando en cuando. La literatura encarna la orientación que el escritor se empeña en buscar afanosamente en un trabajo que, por infructuoso, no deja de aliviarlo.

La escritura necesita de la soledad, y de ahí, de ese estado en el que se encuentra el narrador en *Asuán*, en la lejanía y en el silencio, surgen las respuestas: «La imposibilidad de las preguntas da vía libre a las respuestas»¹³. Da la sensación de que en *Asuán* encajan, por fin, las piezas de un rompecabezas que no se acertaba a completar.

De todas formas, también se nos hace ver, como en todas las obras de Juan Cruz Ruiz, la imposibilidad que tiene el hombre de solventar los enigmas que le preocupan indefinidamente; desde la infancia hasta su muerte. Pero podemos tomar aliento, ante esa incapacidad de resolución, en las paradas que nos ofrece la escritura. En

un artículo suyo sobre *Fetasa*, de Isaac de Vega, nos habla de la función revitalizadora de la literatura: «*Fetasa* es un universo insólito y a la vez real. No es una novela fantástica, sino conectada con las esencias de las profundidades. En ella, la isla, sin que se nombre a la isla, está presente como una fuerza cósmica. Al personaje de la novela se le aparece, en la agonía, una nueva vida, una posibilidad de resurrección»¹⁴.

Entendemos la escritura de Juan Cruz Ruiz también como un proceso revitalizador que rescata, por momentos, de la realidad a un personaje convulsionado, como nos rescata a los lectores que nos sentimos identificados por lazos tan normales como el que supone una existencia en común.

Narrativa de la reflexión, del pensamiento o de lo *impensado* que en unas circunstancias propicias —en este caso fue Asuán y su ámbito de sugerencias y de evocaciones— irrumpen llenando cuadernos vacíos. Para Michel Foucault, lo *impensado* «es, en relación, con el hombre, lo Otro: lo Otro fraternal y gemelo, nacido no de él ni en él, sino a su lado y al mismo tiempo, en una novedad idéntica, en una dualidad sin recurso»¹⁵. Surge lo *impensado* en Asuán porque ya estaba en el narrador, aunque no fuera consciente de ello o de su importancia. Se trata de una mujer, de lo que significa esa mujer para él; de cómo va entendiendo lo que ella significa ahora que se encuentra en Asuán, tan lejos, junto al Nilo.

El cuaderno de viajes que es *Asuán* recoge un proceso de entendimiento a través del doble acto descubridor de la escritura. Descubrimos las palabras exactas para que ellas den cuenta de nosotros y nos expliquen: «Las palabras acuden a salvarnos del tiempo. Mientras te escribo y estoy de nuevo al borde de la sauna de Asuán te veo sonriente a mi lado junto a un plato de arroz desmenuzado y blanco»¹⁶.

Escribir para el autor de *Asuán* es una labor reconciliadora y saludable; como una cura que estabiliza sus emociones, que las aclara. Sin proponerlo, nos incita a que lo imitemos. Sólo nos falta una

ciudad como la ciudad egipcia en la que encuentra lo que siempre tuvo consigo: un cuaderno, mejor azul —«o verde o aguamarina»—. Y despojarnos de toda presunción ante las palabras porque son éstas las que tomarán el rumbo. Hay que dejarse llevar.

Poblar las páginas del cuaderno azul es un reto y, por lo tanto, una obsesión. Es como «poblar los desiertos que rodean los oasis de la satisfacción»¹⁷, como escribe el mexicano Carlos Fuentes acerca de las posibilidades reales o ficticias de los novelistas.

Por otra parte, Juan Cruz lo afirma sin titubeos: «La felicidad es un estado transitorio que proviene del ejercicio de la imaginación»¹⁸. Es decir, en su caso, de la literatura. El cuaderno de viajes es un tratamiento útil para alcanzar ese estado transitorio que es la felicidad.

Asuán es un espacio de luz y de agua, pero también lo es de memoria. Es una ciudad que le hace revivir al viajero instantes ya pasados, impresiones difíciles de calibrar que a lo lejos, a muchos kilómetros de distancia, se ven claras como su luz. Hay que alejarse —hay que viajar— para ver bien lo que nos envuelve, como nos alejamos de un cuadro para contemplarlo.

En la lejanía, por ejemplo en un viaje a Asuán, donde se le hace trascendente al escritor de este cuaderno azul todo aquello que constituye su realidad cotidiana. Pero queda el regreso a esa realidad, un regreso que aún es parte del viaje —«¿Regresar adónde? ¿Regresar? Regresar, simplemente. Regresar se impone como una obligación del viaje, como un elemento que lo hace circular. El viaje es de ida y vuelta, y la vuelta es también el viaje»¹⁹—. Y con el regreso, la vuelta al hábito, a la intrascendencia, a la irrelevancia de las cosas, al centro que es cada uno.

NOTAS

- 1 CRUZ RUIZ, Juan: *Asuán*, Barcelona, Alba Editorial, 1996.
- 2 —«Presencia de la luz», en *El Urogallo*, Madrid, diciembre 1988 / enero 1989, p. 47.
- 3 —*Exceso de equipaje*, Barcelona, Alba Editorial, 1995, p. 12.
- 4 —*Op. cit.*, 1996, p. 13.
- 5 RODRÍGUEZ PADRÓN, Jorge: *Una aproximación a la nueva narrativa en Canarias*, Santa Cruz de Tenerife, Excmo. Cabildo Insular de Tenerife, 1985, p. 277.
- 6 GARCÍA RAMOS, Juan-Manuel: «Caracteres de la nueva narrativa canaria», en *Ensayos del Nuevo Mundo*, Las Palmas de Gran Canaria, Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1993, pp. 92 y 93.
- 7 CRUZ RUIZ, Juan: *op. cit.*, 1996, p. 46.
- 8 *Ibid.*, p. 60.
- 9 *Ibid.*, p. 52.
- 10 *Ibid.*, p. 141.
- 11 PÉREZ MINIK, Domingo: «Prólogo» de *Crónica de la nada hecha pedazos*, de Juan Cruz Ruiz, Islas Canarias, Viceconsejería de Cultura y Deportes del Gobierno de Canarias, 1988, p. 17.
- 12 CRUZ RUIZ, Juan: *op. cit.*, 1996, p. 140.
- 13 *Ibid.*, p. 116.
- 14 CRUZ RUIZ, Juan: «Isaac de Vega: *Fetasa* decían que era oscura», en *El Día*, Santa Cruz de Tenerife, 18 de noviembre de 1973.
- 15 FOUCAULT, Michel: *Las palabras y las cosas*, México, siglo XXI, 1990, p. 317.
- 16 CRUZ RUIZ, Juan: *op. cit.*, 1996, pp. 74 y 75.
- 17 FUENTES, Carlos: *Geografía de la novela*, Madrid, Alfaguara, 1993, p. 225.
- 18 CRUZ RUIZ, Juan: *op. cit.*, 1996, p. 142.
- 19 *Ibid.*, p. 84.